



henriette petit

JUNIO - 1974

C A T A L O G O

- 1.- RETRATO EULALIA
- 2.- ROSAS
- 3.- PAISAJE NEVADO
- 4.- CALLE MONTOLIN
- 5.- RETRATO AZUL
- 6.- CABEZA IRENE
- 7.- IRENE
- 8.- LA MODELO
- 9.- DOS FIGURAS DESNUDAS
- 10.- LOMA DE LA VIUDA
- 11.- CABEZA NIÑO
- 12.- NATURALEZA MUERTA
- 13.- ROSITA
- 14.- CROQUIS ROSITA
- 15.- CABEZA
- 16.- CABEZA PERFIL
- 17.- NATURALEZA MUERTA
- 18.- JARRO Y FRUTAS
- 19.- PAISAJE PARIS
- 20.- CABEZA
- 21.- PAISAJE
- 22.- RETRATO
- 23.- RETRATO INES
- 24.- RETRATO MARTA
- 25.- DESNUDO
- 26.- TULIPAS
- 27.- NATURALEZA MUERTA
- 28.- FIGURA
- 29.- RETRATO

Enriqueta Petit pintó su primer cuadro en una tapa de caja de sombreros de su madre. Se exhibe la obra que citamos en este conjunto retrospectivo. Es un estudio de rostro. La cabeza se inclina un poco, en posición de perfil y está hecha a grandes borrones, como preparación de los fondos, y, acabada a sueltos golpes de pincel. Parece, más que obra primeriza, creación de pintora experimentada y desenvuelta. Hay en ella seguridad y audacia, libertad y expresividad. Lo que en muchos principiantes son tanteos, en Enriqueta Petit fue decisión y definición, de propósitos y estilo, desde la primera mancha. No conocemos un caso igual en la pintura chilena. Nació segura de sí y de sus recursos y todo lo que tuvo que hacer fue sólo acentuar sus rasgos pictóricos y refinar sus procedimientos.

En los años de su formación, en las primeras décadas de este siglo, una niña dedicada a la pintura se daba por descontado que se comprometería con lo bonito o lo lindo. Enriqueta Petit apartó desde el comienzo, ese señuelo peligroso. Buscó con afán certero de su sensibilidad, el camino difícil de la expresividad fundada en la deformación. Por de pronto, con Cézanne o sin él, como mentor, se propuso diseñar formas de escultórica monumentalidad. Definidas por trazos tranquilos y sólidos y completadas en sus extensiones coloreadas por el ensamble de planos, como en grandes facetas diferenciadas por el juego de los valores. Avanzando más a fondo en este descubrimiento, realizó, probablemente sin conocer a Picasso en estas andanzas, lo mismo que el genio malagueño, al transferir, a la pintura, la concepción de las formas de la escultura negra con su simplicidad de geométricos volúmenes cortados en planos y aristas. Sirve de fundamento a esta hipótesis, además, el hecho sugestivo de la predilección con que repite las formas de una modelo negroide. En tiempos de decadencia, con los tópicos a lo Romero de Torres más toda esa sublitteratura salonera a la Nathanael Yáñez Silva, debió parecer asunto muy serio y grave, por lo que tenía de ofensa a los valores estéticos imperantes, que una pintora, hermosa y joven, se encaminara por la senda de una pintura incomprensible, cuyos puntos de apoyo eran los de ese maestro de la frustración y de la impotencia creadora, como se tildaba a Cézanne, y, asunto más grave aún, que buscara amparo y apoyo en formas artísticas primitivas y bárbaras.

Nada pudo, por lo que esta exposición comprueba, la ceguera del medio chileno. Enriqueta Petit siguió segura y muy campante. Consolidó su sentido del color, que siempre fue de registro dramático y profundo, en unos tintes tostados y grises, con negros, ocre y rojos de tierras de broncas entonaciones: matices de carbón, greda y metales oxidados.

Se aplicó, así, al desnudo, tema predilecto, y, al retrato, y con frecuencia menor a algún florero, paisaje o bodegón. En todos los géneros impera su visión dramática en la que el sentimiento se complace en tomar las hebras de una tristeza y de una melancolía de luces eclipsadas, en una atmósfera como de callada resignación. Hay en este vena, dos obras cimbras: un desnudo y un retrato. En el primero, una mujer de pechos exprimidos, dobla la cabeza en un gesto de fatalidad resignada. En el segundo, un soberbio tipo de mujer, por los rasgos de su imponente carácter, como una reina apoyada en su trono, alarga sus brazos desnudos que concluyen en unas manos aristocráticas de gran finura. Resuelve así, sin más, la oposición que va, de las fuentes primitivas de su estilo, al más decantado refinamiento, y, sin transigir, realiza lo que en otras esferas cumplió van Dongen: elegancia de la estilización, pero que, en Enriqueta Petit, no es renunciamiento a la severidad y nobleza plástica de sus recursos.

Estas dos obras debieran representarla, con otras menores, en el alto nivel que le corresponde en su momento de la pintura chilena, en el Museo Nacional de Bellas Artes.

casa de la cultura

SALA DE EXPOSICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

Almirante Montt 454 - Santiago